

# Impulsos del Concilio Vaticano II para la Iglesia en Europa

---

*Martín Maier \**

Es francamente difícil, si no imposible, hablar de forma general acerca de los impulsos que ha dado el concilio Vaticano II a la Iglesia católica romana en Europa. Esto proviene de la compleja realidad europea, que no está claramente perfilada en lo histórico ni en lo geográfico, en lo político ni en lo cultural. Pero proviene también de la compleja realidad del concilio, que no se reduce a sus textos, sino que ha puesto en marcha en el seno de la Iglesia católica un movimiento de cambio y de renovación que no ha llegado todavía a su fin, ni mucho menos. Y proviene también, por último, de la limitación del espacio de que se dispone. A todo ello se agrega que, a diferencia, por ejemplo, de América Latina, con su asamblea de obispos de Medellín, de 1968, en Europa no se ha dado una asamblea continental comparable para la traducción e implementación del concilio.

Con el presupuesto de estas dificultades y restricciones se intentará en lo que sigue exponer, al menos someramente, bajo los lemas de Iglesia universal, justicia, colegialidad y participación, ecumenismo y conflicto de recepción, algunos de los impulsos que han partido del Vaticano II para la Iglesia en Europa.

\* Dr. MARTIN MAIER, S.J., nació en 1960 en Messkirch. En 1979 ingresó en la orden de los jesuitas, y realizó estudios de filosofía, teología y música en Múnich, París, Innsbruck y San Salvador. De 1995 a 2009 fue miembro del consejo editorial de Voces del Tiempo, y de 1998 a 2009 editor jefe. Desde 2009 es rector del Berchmanskollegs de Múnich. Imparte clases en la Universidad Centroamericana de San Salvador y en el Centre Sèvres de París.

Sus publicaciones incluyen: Pedro Arrupe – Zeuge und Prophet (Wurzburg 2007); en español: Pedro Arrupe, testigo y profeta (Santander 2008); Oscar Romero – Mística y lucha por la justicia (Barcelona 2005). Con Gianni La Bella (ed.), Pedro Arrupe – Generaloberer der Gesellschaft Jesu. Neue biographische Perspektiven (Friburgo 2008).

Dirección: Kaulbachstr. 31a, D-80539 München (Alemania). Correo electrónico: martin.maier@jesuiten.org

### **El fin del cristianismo europeo**

De forma levemente paradójica puede formularse así: el concilio Vaticano II fue un concilio de cuño europeo que introdujo el fin del cuño europeo de la Iglesia. El Vaticano II fue en gran medida un acontecimiento eclesial dominado por obispos y teólogos europeos. También el movimiento ecuménico y el movimiento litúrgico, así como el movimiento bíblico, que prepararon el terreno para avances decisivos del concilio, tenían sus raíces en la Iglesia europea. Pero si se sigue la interpretación teológica fundamental del concilio Vaticano II hecha por Karl Rahner en el sentido de que el concilio representó «el primer ejercicio propio de la Iglesia jerárquica como Iglesia universal»<sup>1</sup>, el concilio marca el fin de la catolicidad marcada y dominada por lo europeo. Rahner comparó esta transición de la Iglesia occidental - eurocéntrica a una Iglesia universal policéntrica con el corte histórico que se produjo al comienzo de la historia de la Iglesia con la transición del judeo cristianismo al cristianismo de los gentiles. Con cautela, Rahner habló del «comienzo de un comienzo», y advirtió con perspicacia que el camino hacia una Iglesia universal real necesita su tiempo y, probablemente, requerirá un siglo entero.

En correspondencia con la doble orientación eclesiológica fundamental del Concilio, el ejercicio propio de la Iglesia como Iglesia universal puede comprenderse en una perspectiva orientada hacia dentro y otra orientada hacia fuera. Hacia dentro, el concilio Vaticano II hizo valer nuevamente, frente a la imagen de Iglesia de cuño unilateralmente jurisdiccional y centralista del Vaticano I, la antigua estructura de *communio* en el sentido de la «comunidad de Iglesias». De ese modo, en la Constitución Dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia se subraya la autonomía de las Iglesias locales, que no se ven simplemente como filiales de Roma, sino que son y se denominan en sí mismas Iglesias en el pleno sentido de la palabra (cf. LG 26). En la misma línea, el Decreto *Ad gentes* *divinitus* sobre la actividad misionera de la Iglesia afirma que las Iglesias particulares tienen «la obligación de representar del modo más perfecto posible a la Iglesia universal» (AG 20). Según ello, las Iglesias particulares adquieren el mismo rango teológico que la Iglesia universal.

---

<sup>1</sup> Karl Rahner, «Theologische Grundinterpretation des II. Vatikanischen Konzils», en: id., *Schriften zur Theologie* XIV, Zürich-Einsiedeln-Colonia 1980, 288.

En la perspectiva orientada hacia fuera, el ejercicio propio de la Iglesia católica como Iglesia universal se relaciona, siguiendo el concilio Vaticano II, con la percepción de su responsabilidad por el mundo en una perspectiva global. La Constitución Pastoral *Gaudium et spes* se ocupó expresamente de la pregunta por un orden internacional nuevo y más justo. En relación con la Guerra Fría, el acento recayó entonces de manera especial en el aseguramiento de la paz. Pero ya entonces se tematizó también la cuestión de la justicia social a escala mundial. Al respecto se habla del escándalo de que algunas naciones con una población mayoritariamente cristiana posean bienes en abundancia, «mientras otras se ven privadas de lo necesario para la vida y viven atormentadas por el hambre, las enfermedades y todo tipo de miserias» (GS 88). Después de que, en las décadas pasadas, la brecha entre países pobres y ricos se ahondara aún más, estas palabras no han perdido nada de su actualidad. Como Iglesia universal, que defiende sobre todo a los pobres y excluidos, la Iglesia tiene que comprometerse por un ordenamiento económico y un trato con el medio ambiente que tengan en cuenta las posibilidades de vida de la humanidad entera con vistas al futuro.

### **La Iglesia al servicio de la justicia y de la paz**

La historia moderna de la Iglesia católica en Europa hasta el concilio Vaticano II está determinada por un rechazo combativo de la Ilustración y de la Modernidad. El «salto hacia delante» que el papa Juan XXIII exigía en su discurso de apertura del concilio Vaticano II tenía que ver sobre todo con la reconfiguración de la relación entre Iglesia y mundo moderno. La Iglesia abandonó su mentalidad de ciudadela y expresó su autocomprensión en el servicio al mundo y a los hombres. En *Lumen gentium* se expresa esto mismo en términos teológicos: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1).

Esto equivalió a un giro copernicano: en el centro de la Iglesia no estaban ya los propios intereses y derechos, sino el bien de los hombres, y de todos los hombres. Para Juan XXIII, esto significaba, según las palabras de su histórico discurso de apertura del concilio: «La Iglesia no debería ocuparse más de sus propios

problemas sino servir a la humanidad entera en su búsqueda de justicia, de paz y de unidad»<sup>2</sup>. Con ello, colocó el ámbito social y político dentro de las competencias de la Iglesia. Como un eco de ello suenan las palabras del papa Pablo VI en su alocución al finalizar el concilio: «La Iglesia se ha declarado casi la sirvienta de la humanidad precisamente en el momento en que su magisterio y su gobierno pastoral han adquirido mayor esplendor y vigor debido a la solemnidad conciliar; la idea de servicio ha ocupado un puesto central»<sup>3</sup>. La Iglesia se dirigía con ello a todos los hombres, con independencia de su confesión o de su pertenencia religiosa. Tras una larga y fuerte resistencia, hacía ahora propia la idea de los derechos humanos.

### **Colegialidad y participación**

Un impulso esencial que partió del Vaticano II fue el fortalecimiento del principio colegial y sinodal en la Iglesia. Poco antes de determinar el concilio, Pablo VI dio vida a la institución del Sínodo de los Obispos, que en 1967 celebró su primera asamblea general ordinaria. Las conferencias episcopales existían ya antes del concilio, pero el Vaticano II les dio carácter obligatorio para la Iglesia universal. La cooperación de las conferencias episcopales de los diferentes continentes se organizó en los consejos continentales. Así, en 1971 se constituyó el Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (CCEE), en el que hoy se reúnen 33 conferencias episcopales. En el nivel diocesano se instituyeron consejos pastorales y presbiterales.

En esta línea se encuentra también la nueva participación de los laicos en los servicios eclesiales. El concilio introdujo el abandono del modelo de una Iglesia en forma de pirámide con el Papa, los obispos y los sacerdotes en el vértice, frente a los que los laicos se encuentran en una posición secundaria y subordinada. En contra de ello, el Vaticano II sostiene una comprensión de la Iglesia como pueblo de Dios, donde el primer acento recae en la vocación común de todos los fieles, laicos y clérigos. El concilio

---

<sup>2</sup> Ludwig Kaufmann — Nikolaus Klein, Johannes XXIII. Prophetie imVermächtnis, Friburgo (Suiza) 21990, 24.

<sup>3</sup> Pablo VI, «El valor religioso del Concilio» (Homilía ante los padres conciliares en la clausura del concilio, 7-12-1965), en Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones (BAC 252), Madrid 1965, 818.

dice también expresamente que los laicos deben manifestar a los pastores ordenados «sus necesidades y deseos con la libertad y confianza que deben tener los hijos de Dios y hermanos en Cristo. En la medida de los conocimientos, de la competencia y del prestigio que posean, tienen el derecho, e incluso algunas veces el deber, de expresar sus opiniones sobre lo que se refiere al bien de la Iglesia» (LG 37). La intervención de los laicos a nivel de las diócesis fue institucionalizada mediante los organismos del consejo pastoral y del consejo diocesano, así como del consejo de asuntos económicos y del sínodo diocesano.

### **La Iglesia al servicio de la unidad**

El ecumenismo representa para las Iglesias en Europa como continente de la Reforma y de la división de la Iglesia un reto especial. Para Juan XXIII, la unidad ecuménica de los cristianos fue una inquietud central en la convocación del concilio Vaticano II. En la compleja historia de Europa, las rupturas entre las Iglesias estuvieron muy a menudo en correspondencia con rupturas entre las naciones<sup>4</sup>. Que las diferencias confesionales y religiosas siguen conteniendo todavía un potencial de violencia se ha puesto de manifiesto en las guerras que tuvieron lugar en la antigua Yugoslavia. También frente al refortalecimiento de los nacionalismos en Europa, en los que el componente religioso-confesional desempeña un papel no irrelevante, es urgente un entendimiento entre las confesiones y las religiones. Si las Iglesias quieren hacer una aportación creíble a la unidad europea, tienen que superar sus divisiones confesionales. El camino del ecumenismo es una condición para la realización de la unificación europea.

A las Iglesias les corresponde también a este respecto una importancia estratégica: frente a las seculares instituciones europeas, sus inquietudes y visiones pueden ser representadas con mucho mayor peso si lo hacen en común. Aquí adquiere gran importancia el proceso ecuménico europeo que se inició hace unos treinta años. Este proceso es impulsado por la Conferencia de Iglesias Europeas (KEK), a la que pertenecen 125 Iglesias anglicanas, ortodoxas y protestantes de casi todos los países europeos, y el Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (CCEE). Momentos estelares de este entendimiento entre las Iglesias cris-

---

<sup>4</sup> Cf. Jacques Le Goff, *L'Europe est-elle née au Moyen Age?*, París 2003.

tianas de Europa han sido las reuniones ecuménicas europeas de Basilea (1989), Graz (1997) y Sibiu (2007).

Un hito importante de este proceso ecuménico fue la aprobación de la «Charta Oecumenica»<sup>5</sup>, en Estrasburgo, en el año 2001. Este documento fue suscrito por el *metropolita Jéremie Caligiorgis* como presidente de la Conferencia de Iglesias Europeas y por el cardenal Miloslav Vlk como presidente del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa. En la «Charta Oecumenica» se describen tareas ecuménicas fundamentales y se derivan de ellas pautas y obligaciones. Aunque no tiene carácter magisterial-dogmático o jurídico-canónico, la Charta Oecumenica representa el documento más importante hasta el presente para un proyecto común de las Iglesias cristianas en Europa.

### **El conflicto en torno a la recepción y la implementación del concilio**

La Iglesia católica en Europa sigue estando marcada todavía en la actualidad por el conflicto en torno a la recepción e implementación del concilio. En cierta forma, el conflicto que se dio en el concilio entre una mayoría orientada hacia la apertura y la renovación de la Iglesia y una minoría conservadora y restauradora prosiguió también en la recepción e implementación del concilio. En este conflicto parecen cobrar vigor las fuerzas que quisieran dar marcha atrás en muchas innovaciones y aperturas del Concilio. También en la participación de los laicos hay retrocesos de índole restaurativa. Así, por ejemplo, en las reformas de estructura pastoral de la Iglesia alemana ya no se permite que laicos dirijan comunidades eclesiales. Esto se encamina hacia una nueva clericalización de la Iglesia en medio de una progresiva disminución del número de clérigos. En parte debido a los medios modernos de comunicación se ha incrementado nuevamente el centralismo romano que el concilio quería superar. Lo más preocupante son las tratativas que, desde el año 2010, el Vaticano lleva adelante con la Fraternidad San Pío X, hostil al concilio Vaticano II. En este marco no es injustificado preguntarse si el concilio Vaticano II no se está convirtiendo en objeto de negociación<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Cf. Nikolaus Klein, «Straßburg — „Anfang eines Anfangs“?», en *Orientierung* 65 (2001) 121-124.

<sup>6</sup> Cf. Andreas R. Batlogg, «Das Konzil vor dem Ausverkauf?», en *Stimmender Zeit* 229 (2011) 721-722.

En diferentes países de Europa se han formado grupos eclesiales de base que quieren preservar y continuar los avances del concilio. Así, en Alemania una unión de grupos e instituciones convoca en octubre de 2012 a una reunión conciliar en Fráncfort. Aquí se tratará sobre todo de buscar, en el espíritu del concilio, respuestas a las acuciantes preguntas de la Iglesia en el mundo actual<sup>7</sup>.

Bajo el título de «Eine Kirche, die Zukunft hat» [«Una Iglesia que tiene futuro»], Mons. Helmut Krätzl, obispo auxiliar de Viena, ha escrito 12 ensayos «acerca de problemas aparentemente insolubles de la Iglesia». Entre tales problemas se cuentan para él la admisión al sacerdocio frente al creciente número de comunidades sin sacerdote, el estatus de las conferencias episcopales como instancia intermedia entre el Papa, la Curia romana y los diferentes obispos, un nuevo equilibrio en la relación entre Iglesia universal e Iglesias locales, una nueva definición del papel de las mujeres en la Iglesia. Con vistas a la liturgia, Krätzl subraya la estrecha relación que existe entre la renovación de la liturgia y la renovación de la vida entera de la Iglesia. A partir de ahí, un retroceso a la antigua liturgia puede resultar, según él, sintomático respecto del proceso de renovación de la Iglesia en su conjunto.

Krätzl está convencido de que no es posible solucionar los acuciantes problemas de la Iglesia si se retrocede respecto del concilio Vaticano II. Por el contrario: tenemos que «buscar juntos en la Iglesia caminos que, en el espíritu del concilio, indiquen hacia el futuro, y admitir con honestidad que, por medrosidad, hemos arriesgado demasiado pocas innovaciones, innovaciones a las que, en realidad, los padres conciliares nos habían motivado»<sup>8</sup>.

(Traducido del alemán por Roberto H. Bernet)

---

<sup>7</sup> Cf. [www.pro-konzil.de](http://www.pro-konzil.de)

<sup>8</sup> Helmut Krätzl, *Eine Kirche, die Zukunft hat. 12 Essays zu scheinbar unlösbaren Kirchenproblemen*, Viena-Graz-Klagenfurt 2007, p. 9.